

Atracado al muelle del Havre, el vapor *Gigante* iba á levar anclas para los mares del Sur, y como contraste con el barro y la bruma de aquel día de invierno, en el cartel pegado á la barraca de tablas del armador se leían los nombres de las ciudades del Pacífico; Valparaíso, Santiago, Arequipa, Guayaquil, nombres sonoros como gritos de loro y que evocaban el recuerdo de los paisajes tropicales, con sus costas abrasadas de sol. Era el minuto, siempre solemne de zarpar. Enormes y ventrudas, las dos chimeneas del vapor lanzaban grandes bocanadas de negro y espeso humo que se desgarraba para dispersarse entre las arboladuras de los barcos vecinos. El capitán, con su gorra de galón de oro y las manos en los bolsillos del pesado gabán, que le llegaba hasta las botas, estaba de pie cerca de la entrada y asis-

tía impasible á los últimos apretones de manos cambiados entre los viajeros y las personas que iban á dejar el barco. Se disponían á retirar el puente portátil, y el timonel, completamente vestido de hule, estaba en la barra y no esperaba más que una señal para dar la orden de marcha á la máquina. La ronca voz de la sirena daba de tiempo en tiempo lúgubres gemidos.

Iban á partir.

Á causa del mal tiempo y de la atmósfera húmeda y fría, la plataforma del puente estaba casi desierta. Solamente cuatro pasajeros habían subido hasta allí, mientras los demás permanecían cerca de las bordas para enviar con los pañuelos un supremo adiós á los seres queridos de quienes se separaban, á la multitud reunida en el muelle y á la vieja Europa.

¿Quiénes eran aquellos cuatro viajeros que se aislaban de aquel modo entre la bruma?

El hombre que estaba de pie al lado de la balaustrada era el antiguo magistrado Cristián Lescuyer, que abandonaba para siempre su país; y el joven de aspecto triste y la mujer pensativa con una niña en brazos, que estaban sentados en la banqueta, eran Cristián Forgeat y Luisa Rameau con su hija.

Con sus sombríos trajes de viaje formaban los

cuatro un grupo melancólico y Lescuyer envolvía en una mirada humedecida por la piedad á aquellos tres seres heridos, á quienes había adoptado y se llevaba consigo á su destierro. Sí, aquel mísero que se dejó deslizar hasta el crimen, aquella pobre muchacha que estuvo á punto de prostituirse y aquella niña bastarda, serían en adelante su familia. Lescuyer, transformado por el dolor, experimentaba ya sentimientos paternales hacia todos los desgraciados y les absolvía de todas sus faltas. En cuanto á aquéllos, quería salvarlos por completo y se los llevaba allá, lejos de los testigos de su lamentable juventud, donde pudieran olvidar el pasado y emprender una nueva existencia.

Lescuyer tomó esa determinación el día siguiente al de la vista en que arrancó á su hijo de manos de la justicia, porque la sesión escandalosa, el veredicto alcanzado del jurado en un rasgo de enternecimiento, fueron en general vituperados por la opinión y juzgados con especial severidad por la gente de toga. El magistrado no recibió de sus colegas la menor muestra de simpatía y cuando llevó su dimisión al ministro fué acogido con una sequedad que no le sorprendió, pero le dió á entender claramente los sentimientos de repulsión que tendría para él en adelante

nuestra sociedad, compuesta en sus tres cuartas partes de hipócritas y de fariseos. Solamente Donadieu y su excelente mujer corrieron á casa de Lescuyer, se arrojaron en sus brazos y le dieron calurosamente la aprobación de las gentes honradas. Pero aquellos antiguos amigos, aun dispuestos como eran á todas las indulgencias, no le preguntaron, por discreción, sin duda, hasta qué punto pensaba consagrar su vida á su hijo.

« Ni aun éstos, que son los mejores, soportarían, al ver á este desgraciado joven, la idea de lo que ha hecho. Nunca consentirán en admitirle cerca de ellos, en amarle un poco. Está visto, no hay más que una solución posible : expatriarme con él. »

Cristián Forgeat vivía con su padre desde el proceso. Muy triste y casi incrédulo aún ante la realidad, permanecía casi siempre silencioso, aceptaba con cierto temor aquel cambio tan extraordinario de su destino y parecía como intimidado por la vasta casa, la cama limpia y mullida y la mesa abundante. Pero ante aquel anciano, cuyos ojos severos se dulcificaban al mirarle, el joven, nacido para ser bueno, sentía dilatarse su corazón en una tibia atmósfera de gratitud.

Acogió con transportes de alegría la idea de la emigración.

« ¡ Oh! sí... Muy lejos, donde no se sepa nada, donde no cause horror á nadie, donde no tenga usted que avergonzarse de mí... ¡ Sí, con usted á cualquier parte!... Lejos, al fin del mundo...

Cuando la partida estuvo decidida, Lescuyer sintió un gran consuelo. Realizó su fortuna é hizo los preparativos del viaje. Ya se engolfaba en sueños lisonjeros y se veía en un país nuevo, con su hijo rehabilitado por el trabajo, casado y padre de familia. Pero entonces le ocurrió un escrúpulo. ¿ Podría Cristián casarse sin confesar á su mujer su triste pasado? No; esa conducta no sería honrada. Y de repente Lescuyer se acordó de Luisa Rameau, á la que estaba sosteniendo y cuyo porvenir pensaba asegurar antes de dejar Europa. Aquélla no tenía en su corazón para Cristián más que gratitud y perdón. Ambos eran náufragos de la vida, pero dos maderos bastan para construir una balsa y ésta es, con frecuencia, la salvación. Luisa aceptó la idea de seguir á los emigrantes sin dificultad alguna y hasta con un destello de alegría en los ojos, y Cristián Forgeat sonrió dulcemente, por primera vez desde su proceso, cuando supo que Luisa los acompañaría.

.

De pie sobre el puente y bien arropado con su

abrigo de viaje, Cristián Lescuyer contemplaba el enlosado negruzco del muelle, del que pendían pesados anillos de hierro, las viejas fachadas revestidas de pizarra, la gente parada en el lodo para ver la salida del vapor, los mozos de carga, llenos de harapos, transportando los últimos bultos. Todo aquello era sombrío, sucio y triste. ¡ Ay! Pero era aún la Francia, á la que Lescuyer daba un eterno adiós. Y su corazón se contrajo dolorosamente.

Las tablas se estremecieron á los pies, del viajero. Á los primeros esfuerzos de la máquina el enorme barco crujió y gimió. Detrás, la hélice produjo un gran ruido de agua agitada. Y, muy despacio, el buque se separó del viejo muelle de piedra gris. Pronto estuvo rodeado de agua por todas partes, llegó á la mitad del puerto y las casas empezaron á desfilas con lentitud.

Había partido.

Lescuyer se volvió entonces hacia sus compañeros de destierro. Éstos partían sin pena y ni siquiera les ocurría echar una mirada á la costa, á aquella patria donde no habían hecho más que sufrir. La niña, en el regazo de Luisa acababa de abandonar una de sus manitas á Forgeat, que sonreía á la madre y á la hija. Los tres desgraciados, hechos para sostenerse, para consolarse,

para amarse, formaban ya un grupo de familia. Y Cristián Lescuyer pensaba con dulzura que Dios perdona y que el tiempo y la distancia permiten el olvido.

El transatlántico, en tanto, tomaba velocidad, se dejaba atrás la barra y el semáforo y se encabritaba sobre la primera ola de fondo. El viento había aparecido, fresco y rudo, y disipado la niebla por la que pasaban las blancas gaviotas de intrépido vuelo. En la cresta de las olas plumizas se deshacía en mil torbellinos la espuma gris y allá, arriba, en las nubes, aparecieron uno, dos, tres islotes de cielo azul y después otros y otros. Era el buen tiempo que volvía. Por fin, dispersando las últimas nubes, apareció el sol brillante y majestuoso. Las olas se pusieron verdes y se deshicieron en gotas de plata; y el navío que se llevaba á los emigrantes y que, á pesar de sus vaivenes, marchaba siempre recto hacia adelante, se lanzaba osado, ligero y alegre sobre el mar color de esperanza.

FIN.

